

30. Dharma y Lavap



PLUMA Y LAPIZ

SEMANARIO DE ARTE

ADMINISTRADOR
Arturo D'Alencon

DIRECTOR
Fernando Santivan

DIRECTOR ARTÍSTICO
Cristóbal, Fernandez

PRIMER REDACTOR
Martín Escobar

Secretario: Daniel de la Vega.

Correspondencia al Director: Casilla 2443

□ Oficina de Redacción: Morandé 432 □

Administración; Suscripciones, Avisos, Informes,

□ □ □ □ □ Casilla, 1684 □ □ □ □ □

AÑO I

SANTIAGO, 16 DE AGOSTO DE 1912

NUM. 5

Certámenes literarios⁽¹⁾

Tarde, mal y con bastante retraso han dado por fin su fallo los jurados del certamen literario del Consejo de Letras. Como se supondrá los descontentos forman falange. Y lo más curioso es que han hecho su nido bajo el alero de la indignación, como sería humano y lógico, no solo los derrotados, sino que también ¡asombraos de ello! «les immortels», los consagrados con el clásico laurel heleno.

Ahora cabe preguntarse los motivos de semejante indignación. Ellos son muchos y muy variados. En primer lugar, en el tema crítica, parece que han ocurrido cosas misteriosas y de suma gravedad, que ya van saliendo á la superficie, como los restos de un naufragio, en violentos artículos de diarios.

En segundo lugar, los «honrosos mencionados» andan por ahí luciendo unos rostros que les llegan hasta el último botón del chaleco y chillan más que un pato que han desplumado vivo. Y es natural. Las menciones honrosas, siempre han sido lo contrario, es decir, son menciones que deshonoran, por aquello de que hacen pensar en la casualidad, en la aplastadora casualidad, en la escapada milagrosa.

Eso es decirle á un escritor: «usted no tiene talento para escribir esto pero, como es un hombre viejo y no es conveniente evidenciarlo y además ha gastado tanto calzado, le damos este caramelo de la mención para que no lllore.»

Por nuestra parte siempre hemos creído que los jurados no están preparados para juzgar literariamente á la actual generación. La mayoría de esos honorables caballeros, son todo lo honorable que se quiera, pero con un apellido un sí es no es de origen azul, no se puede juzgar á la nueva generación compuesta exclusivamente de gente que no tiene otro abuelo que su talento. Sus audacias y rebeldías lo prueban fehacientemente y para ello no necesitan escudarse en el estúpido clasicismo de Cervantes ni en las añejeces del soporífico siglo de oro.

Bueno es ya que se haga una campaña en favor del nombramiento de jurados entre los mismos jóvenes escritores, que están bastante preparados y que no escudan su impotencia intelectual tras la montaña granítica de lo clásico—la palabra abominable.—MARTIN ESCOBAR.

Cada autor se hace responsable de sus juicios.

La Dirección quiere con ello dar entera libertad de pensamiento á los redactores de PLUMA Y LAPIZ cualquiera que sean sus tendencias literarias.



LAS IDEAS ESTÉTICAS DE VALLE INCLÁN

Don Ramón del Valle Inclán odia todo lo que no sea arte puro, arte noble arte aristocrático. Sus gustos son selectos hasta la bizarria. Su literatura es única, inconfundible. Lo que en su manera de escribir pueda haber de insólito, responde á un proceso largo y lento de comprensión y de estudio. Como Barbey d'Aurevilly abomina de la democracia y de aquellos que se erigen en sus malos pastores. Si de Blasco Ibáñez se trata dirá que es un aventurero levantino. En cambio, admira á Pío Baroja y á don Carlos de Borbón. Un día sentó plaza de carlista como su don Juan, feo, católico y admirable. Desde el mas alto rincón de su orgullo desprecia la plebe, la política, la crítica y la vulgaridad de la civilización actual. Si antaño, en un antaño ya quimérico, vivió horas amargas como soldado, como fraile trapense ó como bohemio, hoy hay quienes aseguran que un glorioso ancestro suyo se llamó el muy ilustre Marqués de Bradomin. Su triunfo del presente está amasado sobre la amargura de un ayer triste: ¿no hablaba él mismo en una de sus sonatas maravillosas de «las crueldades de una vida que fué toda de luchas?» Sin embargo, apuntan en esa jornada tales florecimientos de ensueño y tal altivez aristocrática que las angustias pasadas afirman los vuelos caudales del momento y del futuro. La conciencia de su arte de hoy descansa sobre la conciencia de su vida de ayer. Siempre el artista fué él mismo, un anacrónico mantenedor de bellos gestos. Así, al recordar sus primeras tentativas literarias ha dicho: «Me complacía dolorosamente la obscuridad de mi nombre y el olvido en que todos me tenían. Hubiera querido entonces que los libros estuviesen escritos en letra lombarda, como las antiguas ejecutorias; y que sólo algunos iniciados pudiesen leerlos. Esta quimera ha sido para mí como un talismán. Se pensara de un docto bolandista ó de un monge artífice, un Fray Juan el de Segovia, enamorado sincelador del oro de su ensueño. Como nadie ha amado él esa «Moyen Age énorme et délicat» entrevista por Verlaine. «Hay que remontarse á la Edad Media —le decía en cierta ocasión á Francisco Contreras— para encontrar la tradición autóctona y la lengua pura».

Valle Inclán cultiva su arte en el aislamiento de un credo estético independiente de todo influjo. Sus novelas marcan una época nueva en la literatura contemporánea. Las Sonatas valen por toda la literatura española de la primera mitad del siglo XIX. No tienen parentesco ni entroncamiento con obra alguna de las letras castellanas. Tan sólo un Huysmans en Francia ha realizado el milagro de una renovación análoga. Más, á pesar de toda esta novedad que entraña la literatura que ya se puede decir valleinclanesca, y de los claros rumbos que indica, el auto del «Romance de Lobos» no ha didactizado nunca. Odia los manifestos y los alardes pontificales. De pretenderse buscar sus gustos y sus opiniones, fuerza es recurrir á los recuerdos cogidos de paso en su charla íntima ó á sus conferencias dichas en América. Ellos explican los recursos de su estética.

Don Ramón ha intentado conciliar los juicios más contradictorios sobre el tan decantado modernismo, estudiando de como los artistas han pretendido valorizar en él solamente lo que hay de pasajero, de frívolo y menos trascendental para él «modernista es el que inquieta»; el que busca en el espíritu de las cosas lo que en ellas hay de eterno y de divino; modernistas son los que, ante todo sienten por emotividad y no encuadran sus obras dentro de reglas ó preceptos absolutos ó más ó menos acomodaticios. «Modernista es—dice Valle Inclán—el que busca ese gesto misterioso que alienta en todas las cosas, que va tras de la emoción de lo infinito». El busca la característica del arte moderno en la emoción que no excluye por cierto del todo el apoyo de la buena preceptiva, de las reglas como razón secundaria, pues ellas «pueden ser inmutables»; lo perfecto estribaría en saber combinarlas. He ahí el primer alcance universal de su estética: el artista no debe desdenar la tradición literaria, el clasicismo por ejemplo, que valoriza especialmente la fualidad estética mediante el apoyo de la retórica: arte frío, imposable, hierático ó estruendoso y arrebatado, pero correcto. Valle Inclán busca en él lo eterno, lo inmutable, ese «vivo anhelo de la personalidad», que caracteriza las grandes obras. «No hay pues, más que una regla—dice—y un precepto, la emoción; es decir, «que la emoción sea lo que para los griegos representaba la gracia, una condición que realce las cosas bellas». La *sophrosyne* de que hablaba Platon.

Tal concepción rechaza el imperio naturalista: el prurito meticuloso que se desvela escudriñando la forma de las cosas y no ahonda en la impresión que ellos dejan en el alma del observador. Es por esto que Valle Inclán afirma que el verdadero procedimiento descriptivo debe tener por norma el recuerdo. «para sentir la emoción—explica—hemos de tener en cuenta cuando recordamos: nada es como es, todo es como se recuerda». De tal modo un novelista que comprende tan profundamente la trascendencia estético—sintética de esta manera de componer, no puede menos que abominar de cierta literatura descriptiva cuyo mejor empeño se traduce en un afán detallista desharmonizador. Es preciso ser sintético y preciso es vaciar en los moldes del estilo la esencia de las cosas, el alma eterna de lo animado. Si se evoca á ciertos grandes pintores como el Greco, lograremos aprender de como pintó sus mejores retratos, recordando medallones ó mascarillas vistas en la sala de un museo ó en alguna galería privada. Ya se trate del retrato de Carlos V ó de uno de Felipe II, adivinamos en ellos la fisonomía perdurable, el aspecto que no cambia porque exterioriza el alma de la figura. «Hay dos actualidades,—dice Valle Inclán—la del día y la de la época: aquella que en el personaje guarda el exterior pasajero de la figura, así por ejemplo, en aquellos señorones que aparecen retratados

con levita del año 60 y que provocan nuestra risa y la actualidad del tiempo que en las estampas de Ghirlandajo ó de Fra Filippo representan una época, lo eternamente durable del personaje". Han seguido pues estos artistas el procedimiento único: la emoción por el recuerdo. "Tal procedimiento—confirmará luego—es lo que hace que un drama de Shakespeare nos interese como una cosa de hoy y que un retrato de Tiziano no nos aparezca 'démodé'. Esta visión de eternidad es directamente dependiente del temperamento artístico y acaso, en cierta manera, del medio, como apunta don Ramón al recordar al pintor Romero de Torres: "Acaso como emotivo—escribe—no ha existido ninguno más grande en España. Tal vez ha influido hondamente en su alma el ambiente de su ciudad natal, Córdoba, que tiene el más alto abolengo latino pues ella dió á la civilización romana y universal á dos grandes emperadores: Trajano y Adriano; á Séneca y al poeta Lucano. Este artista encarna una triple tradición: la latina, la árabe y la cristiana". El espiritualismo pictórico de Romero de Torres responde á todo un procedimiento sintético y emotivo. Los adornos de la figura se van con su época; sólo quedan el alma del retrato y la visión que el pintor puso en él: Monna Lisa prolonga más allá de los siglos la sonrisa divina de sus ojos profundos y de sus labios gráciles; y los retratos del Greco eternizan el gesto de un rostro ó el espíritu grave de un emperador.

—Conforme con tal credo estético Valle Inclán ha desarrollado todo su procedimiento en sus novelas y en sus cuentos: es sintético sin esterilizar su literatura con imágenes que en fuerza de ser precisas son áridas. Sus sensaciones de las cosas son refinadas hasta la quintaesencia: evoca, siente y vibra como una cuerda tensa. De tal modo recuerdan ellas un paisaje en frases breves y lapidarias. Y no que Valle Inclán carezca de imaginación, como creía González Blanco; por el contrario, sofrena á menudo el potro desbocado y entonces aparece en él el reflexivo, el artista prolijo hasta la austeridad. "La cabellera de oro—dice—aqueila cabellera florida como la luz, olorosa como un huerto, estaba negra de sangre. Yo la sentí

pesar sobre mi hombro semejante á la fatalidad en un destino trágico". He aquí el imaginativo admirable que comprende y expresa en una imagen todo lo que cabría en docenas de páginas. Valle Inclán es un torturado de la precisión: sus paisajes caben en un rasgo, en una figura que les hace comprensivos, y dice del alma microcósmica de la naturaleza en tal ó cual instante determinado; recordemos aquellas visiones bravías de "Romance de Lobos" ó las piceladas crepusculares de la "Sonata de Otoño". Dice: "La noche era de luna. En el fondo del laberinto cantaba la fuente como un pájaro escondido" ó, más adelante: "Aquella tarde, el sol de Otoño penetraba hasta el centro como la fatigada lanza de un Dios antiguo", y, finalmente: "Los perros seguían aullando muy distantes, en alguna aldea; y el viento se quejaba en el laberinto como un alma en pena; y las nubes pasaban sobre la luna; y las estrellas se encendían y se apagaban como nuestras vidas". Esto es admirable y sencillo como lo que más. En los retratos de sus personajes Valle Inclán procede también á grandes rasgos, buscando en ellos, como si se tratara de dibujar estampas arcaicas, la eternidad del relieve espiritual. Ya es la pastora de "Flor de Santidad", de "frente dorada como la miel y sonrisa cándida como el vellón de sus corderos", ó ya aquel abuelo de la "Sonata de Otoño", con "ojos bailadores y guedejas de plata: alegre y picaresco como un libro de antiguos diceros" ó aquella Concha divina cuyo "cuello florecía de los hombros como un lirio enfermo" y cuyos "cienos eran dos rosas blancas aromando un altar, y los brazos de una esbeltez delicada y fragil, parecían las asas del ánfora rodeando su cabeza".

Tales son sus procedimientos. Responden á sus ideas estéticas y á su manera de comprensión subjetiva del arte. Lejos de esclavizarle la realidad huye de ella sin deformarla al operar su transformación en los tamices del estilo. Como sistema tal trabajo artista es peligroso. Más, para acertar con él es preciso ser un Ramón del Valle Inclán, y nada más que él.

ARMANDO DONOSO.

EL NUEVO MINISTERIO



Su Excelencia el Presidente de la República y los miembros del nuevo Gabinete

El viernes último, después de circular diversas combinaciones falsas, supimos que se organizaba definitivamente el Gabinete en la siguiente forma: Interior, don Guillermo Barros Jara; Relaciones, don Antonio Huneus; Hacienda, don Manuel Rivas V; Justicia é Instrucción Pública, don Enrique Villegas Echiburú; Guerra y Marina, don Claudio Vicuña S.; Industria y Obras Públicas, don Oscar Viel Caveno.